

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EPÍLOGOS DEL MES

Es un fenómeno curioso y por demás sorprendente esta suerte de revival del alma que experimenta en los momentos actuales la cultura de Occidente.

El alma no ha llegado únicamente á exteriorizarse, sino que reclama su verdadero puesto en la vida con toda la fuerza y energía de un imperialismo transcendente. Se usa tanto la palabra, que dentro de poco habrán de fundirse juntas las letras que la componen para abreviar tiempo en el trabajo tipográfico. El hecho es curiosísimo. En un principio la palabra indicada se reservaba para todas las noblezas del estilo, y haciéndola sinónima de vida, se aplicaba cuando más á las cosas animadas que tenían alguna semejanza con el hombre. Hoy se aplica á todo, tanto porque la vida se ha extendido á todas las substancias del universo, como porque un refinamiento estético ha exigido y exige ese animismo. Sin ir más lejos para señalar el hecho, fijándose tan sólo en cualquier catálogo de librería, se verá antes de promediar sus páginas repetida cien veces la palabra que nos ocupa, casada con otra ú otras bien extrañas y ajenas á semejante maridaje.

En el periodismo, en la oratoria y en la literatura la palabra alma ha venido á sustituir de un tiempo á esta parte á la palabra medula que tan en boga estuvo cuando imperaba el materialismo

científico. Las cosas han dejado de ser vertebradas y hoy son espíritus, substancias ideales, y se nos ofrecen no como realidades externas, sino creaciones de nuestro estado. Es posible y casi seguro que se abuse de la palabra, pero no es menos cierto que el hecho, aun considerado como una moda del lenguaje, responde á una necesidad imperiosamente sentida por el público.

Nuestros sentidos se van afinando progresivamente y es de esperar que en época no lejana en vez de mirar las cosas atravesemos los cuerpos con la mirada. Se mira ya de otro modo y el glóbulo ocular se considera no como un órgano de sentido cualquiera, sino como la más noble y elevada exteriorización de la masa cerebral. Ya de antiguo se puso en los ojos el espejo del alma y son todavía para las gentes puras el asiento principal de la vergüenza y el rubor. Ha dicho bellamente un gran poeta que por nuestros ojos nos ve la Providencia. Y por los ojos hemos de ver el espíritu así que lleguemos á sentir más ansia por verle y fijemos con más detención nuestra mirada.

El alma nos conquista poco á poco. Se prodiga esta palabra, pero no perjudica el despilfarro que se hace de ella, porque nadie se siente satisfecho y harto de la misma. Desde aquí veo los títulos de algunos libros nuevos donde se halla la palabra que nos domina: *Huella de almas*, *El alma contemporánea*, *El alma castellana*, *Almas de violetas*, *Alma*. En fin, la última obra que acaba de aparecer *Rebaño de almas*.

Luis Morote, el autor de este último, iba á titular su obra, que trata de la Rusia contemporánea, de otra manera: *El rebaño slavo*; y luego, obedeciendo á las indicaciones de un artista, el más materialista por cierto de nuestros escritores—Blasco Ibáñez—, la ha titulado como la titula porque quiere expresar con este título lo que no puede expresar con otra palabra, con menos palabras, con más claridad en las palabras. Y el público le ha entendido.

El hecho podía parecer insignificante, nimio; pero no lo es de ningún modo. ¿Quién podrá negar que no se ha querido satisfacer al público? La gran necesidad del presente es el alma.

Si se postula alguna otra es la fuerza más grande que el alma tiene, la voluntad. Y así, también, mientras se pide el alma para todas las cosas que nos han parecido tan materiales hasta ahora, se pide para los demás y para nosotros voluntad, nada más que voluntad.

La gran petición de nuestros días.

Esta petición es otro signo de nuestra ascensión espiritual. Nuestra voluntad ha sido muy débil hasta hace poco. No podíamos operar sino muy cerca de las cosas, poniendo muy poca distancia entre ellas y nosotros. Hoy se trabaja á distancia y con un dedo se mueve el mundo, sólo con tocar sobre un botón. Más adelante no hará falta el contacto, y el espíritu operará directamente sin valerse siquiera de las manos. Y así que penetremos en las cosas, llenándolas de amor, éstas se moverán enamoradas ante la voluntad que brille en nuestros ojos. Porque la gran obra de la voluntad no se hace por nosotros sobre las cosas, sino atendiéndonos éstas sin que sientan las yemas de los dedos. Dice la mirada: «¡Ven!»; y la enamorada llega.

Lo que se pide es poder, voluntad. Todo el secreto de la antigua magia no era más que un remedo de la voluntad: la perseverancia sobre un propósito. Y no hubo voluntad cuando el propósito fué infame, porque lo malo no puede subsistir aunque en apariencia se realice en el espacio. Al fin se descubre la trampa y el castigo ó el desencanto ponen término á la mala voluntad que se ha expresado. No es esa la voluntad que se pide, tampoco es la voluntad que se necesita. Yo he oído hace poco á una señorita una hermosa conferencia sobre la educación de la voluntad, y he sentido que la inteligente disertante se empeñara en fundar esa voluntad sobre la nada. No puede haber voluntad sin espíritu, sin un propósito superior, un propósito sano, sin escuela, sin partido, fuera del gran propósito de la verdad. Así es como únicamente los verídicos han sido hombres de voluntad; y los amantes de lo verdadero, que han vivido á su pesar en las tinieblas deseando luz, han sido aquéllos para quien se ha pedido paz en la tierra después de glorificar á lo divino, porque eran hombres de buena voluntad y buen deseo; pero no hombres de voluntad, de voluntad fundada sobre un propósito absolutamente conocido.

Voluntad, sí; poder, pero no fascinación, no tiranía como quieren y piden las almas negras. Educar la voluntad está bien; pero no eduquéis la influencia personal que se promete educar por treinta pesos en el Instituto de Rochester, porque eso no vale nada. Un malvado podrá hipnotizar á una mujer ó apoderarse de ella por las artes ocultas ó secretas; pero no poseerá jamás su alma. Lo urgente no es que suene el timbre que se oprime con los dedos, y que acuda el criado que lo oye, sino que sea eficaz la

llamada. Sólo cuando se llama al bien no penetra en la estancia el criado diciendo: «Ha salido la señora», sino que entra ésta y comparece ante nosotros como la reina y soberana de la casa: La Verdad.

La voluntad que enferma, esa voluntad que sufre todas las enfermedades que ha estudiado Mr. Ribot, esa voluntad que Mr. Payot quiere educar, á la que Mr. Lapie quiere dar una lógica, y la que se postula á ratos por algunas gentes, no es voluntad precisamente, es una resolución que no puede tenerse mientras no exista lo que la crea. ¿Sobre qué va usted á fundar su voluntad?—Aquí lo de un artista miserable que tenía aires de gran señor—: «¡Ah! Si yo tuviera un timbre llamaría á mi criado; pero no tengo criado.» Lo peor es que no tenía que mandar. Lo esencial no es la voluntad, sino el alma.

ARIM!

ANTES. AHORA Y LUEGO

(JOYAS ESPAÑOLAS).

¿Qué tengo, pobre de mí,
Hoy de haber vivido *ayer*?
 Sólo tengo el no tener
 Las horas que *ayer* viví.
 Lo que *hoy* de *ayer* discurrí
 Diré *mañana*, si soy;
 Pero tan cierto yo estoy
 De que *mañana* seré,
 Que quizá no lo diré
 Por haberme muerto *hoy*.

Si *hoy* me llegase á morir
 (como puede suceder),
Mañana el *hoy*, será *ayer*
 En que acabe de morir.
 Pues si éste llega á sentir,
 Infaliblemente cierto,
 ¿Cómo pecho, cuando advierto
 Un vivir tan fugitivo,
 Que *mañana*, el *hoy* de un vivo,
 Puede ser *ayer* de un muerto?

Si en pecado *ayer* muriera,
 Me hubiera *ayer* condenado.
 Y de tan terrible estado
Hoy librarme no pudiera.
 Que *hoy* en mi pecado muera.
 Ya que *ayer* no sucedió,
 Puede ser: pues ¿cómo yo
 No lloro mi culpa tierno,
 Si *hoy* me libro de un infierno
 Y quizá *mañana* no?

El *antes*, *ahora* y *luego*,
 Tres instantes discurrir:
 El *antes* ya le perdí,
 Al *después* no sé si llego;
 El *ahora* tengo, y ¡ciego,
 No lloro *ahora* mi encanto
 Cuando en desengaño tanto
 Me dicta verdad constante,
 Que estoy del fuego instante
 Y puede apagarle el llanto!

ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR (Siglo XVIII).

Lo que es una Logia de la Sociedad Teosófica.

NADA tan frecuente en nuestros días como el ver un cierto número de personas, hombres y mujeres que, interesándose en un mismo objetivo, se agrupan y forman una Sociedad con el fin de perseguirlo.

Hay diversas *sociedades de acción*: tal es la Sociedad Protectora de animales, en la cual sus miembros se esfuerzan en sostener agentes que vigilan si se cometen actos de crueldad y perseguir á sus autores. Hay *sociedades de estudio*, tales como la Sociedad Asiática, la Sociedad de Geografía, la Sociedad de Química, etc. Sus miembros se reúnen para oír leer las memorias que les son presentadas y escuchar los informes relativos á las cuestiones cuyo progreso se propone favorecer la Sociedad. Tales sociedades tienen sus asambleas regulares, sus discusiones, sus conferencias, en una palabra, un objetivo preciso que lo sirven cumplidamente.

Desde un cierto punto de vista, la Sociedad Teosófica parece ser una Sociedad semejante á aquéllas. Es una asociación de estudiantes agrupados en Ramas ó Logias en el mundo entero. Sus miembros se reúnen para estudiar la religión en el sentido más lato de la palabra, para examinar y comparar las diversas religiones del pasado y del presente, para escrutar los problemas oscuros de la vida humana y de la vida en general bajo todos sus aspectos, para instruirse de las experiencias de los miembros más adelantados y para cambiar ideas mutuamente.

Considerada así, es una Sociedad entre tantas otras, notable solamente por el interés profundo, inagotable, de los problemas á cuyo estudio se entrega; está igualmente sujeta á todas las condiciones que afectan á otras sociedades, aumento y disminución de sus miembros, ardor ó enfriamiento de su entusiasmo, influencia atractiva ó no de sus miembros directores, reuniones interesantes ó deslucidas.

Numerosos miembros de las Logias Teosóficas, parece que mirando cómo sigue la Sociedad de que forman parte, si pre-

vén que será interesante una reunión, asisten á ella; si presienten que será fría y deslucida no asisten. Si un conferenciante favorito debe hablar en la Logia, la sala está llena; si el orador de esa noche es desconocido ó pesado, la sala está vacía. Es así como se ve crecer y decrecer la actividad de una Logia.

Una personalidad enérgica puede dar esplendor á una Logia; pero así que un acontecimiento cualquiera aleja á esa persona á otro campo de acción, la Logia se adormece y muere.

Contrariamente á lo expuesto, algunos de entre nosotros piensan que la Sociedad Teosófica, en su conjunto, y sus Logias representantes de las Ramas, son una cosa diferente y más elevada que cualquiera otra Sociedad. Ciertamente, reconocemos que ésta tiene también el carácter de Sociedad sabia, que figura también á los ojos del mundo en esta categoría, pero para nosotros es *algo más*, y su diferencia de las otras la coloca en una situación única y aparte.

Creemos, en efecto, y para ello tenemos muy buenas razones, y alguno de nosotros puede aún decir *que lo sabe*, que esta Sociedad no ha sido formada por ese impulso que tan comúnmente reúne á personas á quienes interesa un mismo estudio, sino que ha sido concebida, proyectada y fundada por algunos de los hombres superiores, que son los guardianes espirituales de la raza humana y que emplearon á uno de sus discípulos, H. P. Blavatsky, para realizar su formación.

Contemplamos su constitución como la obra de esos grandes séres que creemos que velan por ella y la protegen.

Reconocemos la mano de esos séres en las mismas luchas que, de tiempo en tiempo, la agitan y arrojan de su seno á aquéllos que son impropios para continuar actuando en su desarrollo. Vemos su protección justificada por el hecho de que la Sociedad emerge de cada lucha, más fuerte, más pura y más sabia de lo que ella era antes de haber pasado por aquélla. Vemos la ayuda de aquellos séres en los conocimientos que, por conducto de la Sociedad, se derraman en el mundo como una ola que sin cesar aumenta, y su obra la vemos en el cambio de actitud del espíritu público respecto de los problemas religiosos.

Reconocemos su sabiduría en la elección de los dos colegas que son ostensiblemente sus fundadores: H. P. Blavatsky, el

corazón del movimiento, el ocultista profundo, el maravilloso instructor, la víctima heroica, y H. S. Olcott, la cabeza del movimiento, el hábil organizador, el guía previsor, el trabajador lleno de entusiasmo y abnegación. Para nosotros, la Sociedad representa un vehículo de la vida espiritual que se derrama en la Sociedad como en un recipiente de donde, como una agua viva, se extiende por el mundo entero, por medio de canales que llamamos Logias ó Ramas, para saciar la sed de los hombres.

Tal es para nosotros la alta función de la Sociedad Teosófica; tal es su objeto y su razón de ser. Sus otras formas de actividad, sus estudios, sus publicaciones, sus investigaciones, sus discusiones son para nosotros secundarias y subordinadas, aunque admirables y útiles. Los trabajos que justifican su existencia á los ojos del mundo no son otra cosa para nosotros que las franjas de su vestido; se les podría arrancar todas sin que su vida se afectara en cosa alguna.

Veamos cómo llegamos á esta conclusión. El pasado nos enseña que fuerzas espirituales han sido siempre conducidas por organizaciones, por cuerpos organizados que, sirviendo de órganos materiales, proseguían en el mundo el funcionamiento de aquéllas.

Comprobamos que el valor de cada religión está medido, no por su actividad exterior, sino por la plenitud y por la riqueza de la vida espiritual que ella ha transmitido al mundo. Hoy no tiene el mundo necesidad de una religión separada que venga á añadirse á las otras, pero sí de una energía unificadora que concilie las religiones, explique sus diferencias, demuestre su unidad y prepare al mundo para la venida de la civilización que guiará *Budhi* y no *Manas*, la Sabiduría y no el Conocimiento. Como siempre, la vida pide una forma, la energía un agente, el espíritu un vehículo; y vemos esta forma, este agente, este vehículo en la Sociedad Teosófica.

En el enunciado de su primer objeto, se denomina la Sociedad «Un núcleo de la Fraternidad Universal». Esa palabra «núcleo» está bien elegida, pues el *núcleo* en una célula es ese punto en el cual están agrupadas todas las energías vitales, y de donde procede todo crecimiento y toda organización. La actividad en el núcleo precede á toda acción en la célula.

Cuanto más ha extremado la ciencia sus investigaciones,

tanto más ha reconocido importante el papel que juega el «núcleo», la parte más activa de la célula es aquélla que rodea inmediatamente al núcleo.

La Sociedad Teosófica es, pues, un núcleo en el cual las energías espirituales, por la gran Fraternidad, encuentran un centro desde donde se extienden para organizar y dirigir el crecimiento espiritual á través del mundo entero.

La Sociedad es pequeña en proporción del mundo, como el núcleo es pequeño proporcionalmente á la célula; pero es el foco, es el centro de las energías.

Por todas partes donde aparece, se observa crecimiento y organización; las religiones muestran una vida nueva y el pensamiento manifiesta una expansión de sus poderes.

Así actúa en la India y el Induismo revive; actúa en Ceylan y el Budhismo se vuelve activo; actúa en las comunidades Parsis y el Zoroastrismo empieza á sacudir su materialismo moderno y á mostrar una potente espiritualidad; actúa en el Cristianismo y se afirma un espíritu nuevo de tolerancia y de liberalismo.

Sólo el Islamismo, entre todas las religiones del mundo, ha aprovechado poco de su mensaje vivificante, pues hasta hoy apenas lo ha escuchado y no presta todavía sino una débil atención á sus mensajeros.

Así, pues, por sus efectos, la Sociedad ha probado realmente que es un núcleo, y es ésto lo que constituye su valor. Por ella, los Rishis Indos conmueven al Induismo; por ella, el Boddhisattva inspira al Budhismo; por ella, Zarathustra anima al Parsismo; por ella, Jesús despierta á la Cristiandad; por ella, Mahoma tratará de estimular al Islam; por ella, en fin, las energías vitales de cada profeta se esparcen en la religión que él mismo ha fundado, y por la cual vela siempre con un amor especial, como lo hace una madre con la cuna de su hijo.

Aquellos de entre nosotros que miran así á la Sociedad Teosófica y su alta misión en el mundo, no podrían escatimarle sus cuidados y sus servicios á causa de las cosas sin importancia que afectan al círculo de personas que transitoriamente toman parte en su obra exterior. Cada Logia es para ellos una miniatura de la Sociedad Teosófica, idéntica en naturaleza y esencia á la Sociedad, la cual, en su conjunto, abraza al mundo; es también un núcleo en su ciudad, que representa su propio

campo de influencia, como el mundo es el de la Sociedad en general.

El *privilegio* espléndido de ser un centro del cual parten y se esparcen las energías espirituales, pertenece entero á cada Logia, por obscura, pequeña y humilde que sea. Toda la dignidad de ese alto oficio, toda la majestad de ese sacerdocio real reviste á cada Logia de un ropaje que resplandece como el sol. Hacemos mal en empequeñecer nuestras funciones, de dudar de la sublime llamada que se nos dirige.

El buen karma adquirido, algún servicio inspirado por el amor, un esfuerzo lleno de abnegación, un pensamiento puro ó una acción tierna, en el pasado, nos han dado acceso á ese núcleo vivo, y el poder de la Fraternidad blanca se extiende *por medio de nosotros* como cuerpo colectivo, para ayudar y levantar al mundo.

En cualquier parte que se reúna una Logia, resplandece una estrella en medio de las tinieblas del mundo, y su influencia magnética se extiende en la atmósfera trayendo una bendición á todas partes donde penetra.

No olvidemos que esos privilegios nos pertenecen mientras somos un *cuerpo colectivo*. Esto es lo que constituye nuestro valor, pues somos un todo orgánico. Cuando una Rama se reúne, ofrece un centro organizado pronto á ser llenado de la vida que se esparce. Seguramente, si los pensamientos expresados en la reunión son fuertes y sabios, esta reunión propaga en la región que le rodea legiones de formas, pensamientos poderosos y útiles, enriqueciendo y purificando así la atmósfera mental. Esta acción se ejerce por los mismos miembros y es su propia obra.

Séame permitido decir, sin embargo, cuánto más importante y más eficaz es la energía vital de los maestros, la que se extiende á través de ese centro organizado en la región donde se reúne. Por esta bienhechora operación, no hay necesidad de pensamientos sutiles, ni de expresiones musicales de parte de los miembros; éstos no ayudan ni impiden á los sublimes obreros. Éstos no buscan nada más que un núcleo material; la vida que se manifiesta allí es de ellos y no nuestra. Esa vida puede esparcirse tan libremente á través de una reunión deslucida de la Rama, como á través de una reunión brillante, y aun mejor algunas veces, porque la aceptación voluntaria del aburrimien-

to, la amable y dulce paciencia de los miembros leales, son energías de la misma naturaleza que la de los Maestros. Esos grandes seres pueden recoger esas energías y agregarlas á las suyas, como un pequeño arroyo de vida espiritual derramándose en un poderoso río.

Cuando se considera así la reunión de una Rama, toma ésta un nuevo aspecto, una nueva dignidad. Ya no es cuestión de preguntarse, ¿deberé ir á una reunión aburrida? sino que se establece una cuestión más importante. ¿Podría asegurarme el privilegio de estar presente para formar parte del canal á través del cual se derramarán en el mundo las energías vitales de la Gran Fraternidad?

Si tal fuera el sentimiento de los miembros, no oiríamos nunca hablar de las Ramas letárgicas ó moribundas. Tanto tiempo cuanto pueda mantenerse una Rama, puede servir como un núcleo de vida.

¡Qué importa el interés intelectual de sus reuniones con tal que ella permanezca intacta como órgano de sus altas funciones espirituales!

Cuando leo que una Rama ha renunciado á su carta constitutiva, que un miembro ha presentado su dimisión, y esto me parece una cosa imposible, increíble, una verdadera locura. ¡Poseer un tal privilegio y renunciar á él! ¡Tomar parte en una función semejante y abandonarla! En verdad, los hombres no saben reconocer el valor de su alta misión, el distintivo de su dignidad tan penosamente ganado. Han trabajado en el pasado y su obra les ha dado títulos para pertenecer al grupo *privilegiado* que, en este período de la historia del mundo, es el canal esencial de la vida superior.

¡Qué locura el rechazar la recompensa del trabajo realizado, precisamente cuando ella está en sus manos! Tanto valdría, ¿qué digo? mucho más valdría para el hambriento rechazar el pan y el mendigo el oro. Como siempre, la ignorancia engaña al hombre y los ciega respecto del verdadero bien que consiste en servir á la humanidad y sacrificarse por sus más grandes hijos.

Hago votos porque todo aquel miembro que lea este artículo no se deje cegar por la ignorancia y rechace el privilegio inestimable que han conquistado, perdiendo así la gloriosa función de que es partícipe: la de ser uno de aquellos que traen la luz al mundo.

ANNIE BESANT.

EL CONGRESO TEOSÓFICO DE LONDRES

El día 8 del pasado mes de Julio se celebró en Londres el anunciado segundo congreso de la federación europea de las secciones de la Sociedad Teosófica.

Ha resultado más animado y concurrido que el celebrado anteriormente en Amsterdam, constituyendo así una prueba palmaria del entusiasmo que anima á nuestros hermanos de todo el mundo. Asistieron más de 600 delegados británicos y unos 200 del resto de Europa. La India, Java, Australia, el Japón, Nueva Zelanda, el Canadá y los Estados Unidos enviaron representantes especiales, como Finlandia, Rusia, Polonia, Bulgaria, Hungría y Suecia y Noruega.

España estuvo representada por nuestro amigo D. José Xifré.

Las representaciones de Bélgica, Francia, Alemania, Italia y Holanda han sido muy numerosas.

El congreso se abrió oficialmente el día 8, pero antes de la apertura oficial, se inauguró el día 6 por la tarde en Campden Hill, Kensington, la Exposición de Artes é Industrias, y por la noche, en «Blavatsky Lodge», Annie Besant dió una interesante é inspiradísima lectura sobre «Las cualidades para el discípulo». El día 7 se reunió la convención británica, y el día 8, á las diez y media, se inauguró el congreso.

La mañana se consagró á dar la bienvenida á los diversos representantes, á leer las adhesiones, luego la memoria del secretario y distribuir los cargos y los trabajos. Por la tarde, en diferentes departamentos de Queen's Hall, disertaron sobre *La filosofía del espiritualismo*, E. Wake Cook; sobre *La doctrina cristiana como visión mística*, el reverendo doctor Cobb; sobre *Bacon y los nuevos atlantes*, H. Bayley, y E. Spencer sobre *Antiguas y modernas corporaciones artísticas*. Por la noche, en el Royal Concert Theatre, se dieron dos representaciones escénicas, representándose el drama de Miss Florencia Farr *The Shrine of*

the Golden Hawk, que se basa en una mística leyenda del antiguo Egipto y la magnífica reviviscencia gaélica de W. B. Yeats, *The shadowy waters*.

El día 9 se reunieron las secciones de Religión comparada, misticismo y folk lore, que inauguró el meritísimo G. R. S. Mead con una notabilísima memoria sobre *El mito del hombre en los misterios*, y los de administración, propaganda, métodos y obras, que inauguró MM. J. Decroix, dando cuenta de la propaganda teosófica en Francia.

A los trabajos de esta sección puso término nuestro amigo y representante en el congreso, D. José Xifré, que consagró un sentido y elocuente tributo á la memoria de H. P. Blavatsky, siendo muy justamente felicitado por el numerosísimo público que llenaba el local de Queen's Hall.

En la sección científica se leyeron interesantísimas memorias, como puede reconocerse enunciando sencillamente los temas de las mismas: Ensayo sobre el mecanismo de la clarividencia astral en el hombre y en los animales, por el doctor H. Pascal; El hiperespacio y su experiencia, por L. Desaint; Observaciones sobre la cuarta dimensión, por W. J. L.; Evidencias físicas sobre los atlantes y la Lemuria, por Percy Lund; Reencarnación y Karma, por W. C. Worsdell; La Astrología, por Alan Leo; Racionalismo y Espiritualismo, por Florencia M. M. Rusrell; La capacidad vibratoria clave de la personalidad, por C. H. H. Franklin; Estudio sobre la reencarnación, por Hans Erlandsson; Derecho y Deber, por D. A. Courmes; Ensayo sobre la igualdad, por L. Revel, y Uno de los casos del altruismo, por Edgardo Loam.

En la sección ocultista, la memoria de Annie Besant sobre *Las condiciones de la indagación oculta*, llamó poderosamente la atención y fué justísimamente celebrada. Esta memoria, con el estudio de G. R. S. Mead, ya mencionado, sobre el mito del hombre en los misterios, y el del doctor Rodolfo Steiner, de Alemania, sobre el ocultismo en Goethe, han sido los trabajos que más hondamente han impresionado á los congresistas, tanto por la novedad, como por la ciencia y el estudio que han demostrado.

El día 10 se reunieron las secciones artística, la filosófica y la musical, siendo muy notable en la primera el trabajo que miss Lilian Lloyd leyó sobre el movimiento del moderno estilo sim-

bolista, y de C. Jinarapadasa, sobre el arte como un factor en la evolución del alma.

La clausura oficial del congreso se hizo el mismo día 10, leyendo la memoria de secretaría el secretario del congreso Johan Van Manen. G. R. S. Mead su estudio sobre *La Gnosis del pasado y la Teosofía del presente*, y dirigiendo en conclusión cariñosas frases de despedida Annie Besant, clausurando el congreso.

La animación, la variedad de los temas, la demostración clarísima de una vida é influencia teosófica, no ya en la indagación científica, sino en las manifestaciones artísticas, como pictóricas, musicales y escénicas, han puesto de relieve en este congreso y han confirmado lo que también se mostró en el de Amsterdam del año último, que las enseñanzas teosóficas van extendiéndose en todos los órdenes, no sólo ganando el terreno material de las naciones, sino el más firme y sólido de los espíritus más morales y cultos.

Eda.

Pero es peligroso hablar de la estrella. Hasta es peligroso pensar en ella, porque con frecuencia es esto señal de que va á apagarse...

Nos encontramos aquí en los abismos de la noche y esperamos aquí lo que ha de ocurrir. No se trata ya de voluntad; estamos á mil leguas por encima de ella, y en una región en que la voluntad misma es el fruto más maduro del destino. No hay por qué quejarse; sabemos ya algo, y hemos descubierto algunas de las costumbres del azar. Esperamos como el cazador de pájaros que observa las aves emigrantes, y cuando en el horizonte muéstrase un acontecimiento, sabemos que no será el único y que sus hermanos caerán en bandadas en el mismo sitio. Hemos observado vagamente que parecen atraídos por ciertos pensamientos y por ciertas almas y que hay seres de los que huyen como hay otros que les hacen acudir de las cuatro partes del mundo.

H. MÄTERLINCK.

LOS PELASGOS

ENVUELTO en las nieblas de la leyenda heroica, rodeado de míticos atributos, surge, como Venus de las ondas, un pueblo de portentosa historia y de gloriosos hechos que los antiguos llamaron heleno y los modernos decimos griego; esta raza que une en armonioso conjunto el vigor, la fuerza y la energía con la dulzura y el sentimiento; que creó en un momento de sublime inspiración el Arte y la Poesía, tiene, en el sentir de los sabios, un origen tan brumoso y discutido, que su controversia ha llegado á ser desesperante.

«Dios ha entregado el mundo á las disputas de los hombres»; pero á pesar de la frase bíblica hay circunstancias en que la lucha cesa, en que el combate se suspende por un armisticio racional y los iniciados convienen en cláusulas de paz y concordia; las ceremonias eleusinas tienen desde entonces una liturgia y un rito únicos, esperando todos al reformador que cambie la faz de los acontecimientos para que tenga lugar con pretexto justificado una nueva guerra sin cuartel en el palenque de la Ciencia. Algo semejante ha sucedido en la cuestión que debatimos; hubo un tiempo en que todos convenían en la identidad absoluta de dos estirpes que en épocas lejanas habitaron la península balcánica; pero ya nuevas investigaciones, descubrimientos continuos, demostraron el error de nuestros mayores, y hoy es una verdad indiscutible que el griego autóctono, el aborigen que pobló en remotas edades islas y tierra firme, no era un *heleno* de rítmicas formas y apuesto continente, sino un rudo pelasgo de gigantesca estatura y aventurero espíritu. Para indagar con seguro paso quiénes fueron los felices mortales que abordaron las poéticas playas de la antigua Grecia, es menester que fijemos por un momento la mirada en esa tierra de bendición, de costas accidentadas, de cuestas, de montañas, de golfos mil, de una variedad infinita en sus manifestaciones geológicas, con un nimbo de sol esplendente, con un clima delicioso, con una brisa oriental que trae de la cima del Asia el aire nativo que produjo las

primeras stirpes y que meció los primeros vagidos de la humanidad.

En esa cadena de hermosas islas, de fértil suelo, que sirven de lazo de unión entre los dos continentes, se encuentran monumentos de una civilización primitiva de hombres sencillos, pero cultos, que pasaron en emigraciones sucesivas á la península, fijando su residencia en extensos territorios, donde dejan huellas indelebles de su genio colonizador y de su incontrastable poder: *Muevas*, Tirinto, los Acrópolis y el tesoro de *Atreo* son monumentos de construcción ciclópea, de formidable aspecto, de maravilloso conjunto, que unen á lo imponente de la forma la solidez del edificio y la riqueza del contenido; *Schlieniam*, *Dörpsfeld*, *Evans* y la escuela americana han dado noticias detalladas del mundo pelasgo, de la civilización de los héroes, de Homero, de la patria de Aquiles y *Agamemnon*.

Todas estas ruínas elocuentes esparcidas en las regiones en que se habló el rico y sonoro lenguaje de la Hellade, representan en sí un arte genuino, peculiar, propio; pero que no se encuentra aislado, sino que, por el contrario, lleva el sello característico de una procedencia admirable, de una génesis caldeo-babilónica indudable, existiendo aún más señalada esta influencia en la cerámica; en los trabajos de alfarería en que el hombre desplegó todos los resortes de su delicadeza; en objetos frágiles de materia deleznable, que han perpetuado las obras de artífices insignes. Pues bien; el arte que en época prefenicia y antehelénica aparece tanto en Italia como en Grecia, es transportado de las orillas del Eufrates y del Tigris por un pueblo que dominaba en aquel entonces el Asia Menor, la Siria y Palestina; los babilonios nunca se fijaron de una manera estable en las costas del Mediterráneo, ni mucho menos atravesaron el Helesponto, sólo una raza afín á la Caldea pudiere ser la transmisora de una civilización apartada en los recónditos desiertos de Mesopotamia, y esta raza era la del hetheo, pujante y emprendedor; mas he aquí que nos asalta inesperada dificultad: los autores clásicos, los modernos escritores, todo el enjambre de helenistas de todas las edades y de todos los matices afirman, sin género de duda, que el pueblo que primitivamente pobló Grecia fué el Pelasgo. ¿Cómo puede explicarse entonces la aparición del hetheo? Una razón de identidad acabaría por confirmar nuestro aserto: Mitológica y genealógicamente los parientes de *Pelas-*

gos, hijo de *Niobe*, reinan en las mismas regiones en que dominaban los hetheos; *Cadmo*, el fabuloso inventor del alfabeto, era un hetheo de *Kefti*; *Danao*, que los autores hacen egipcio, es un *condottiero* de tribus egipcias, que con el nombre de Hyesos ocupaban el Delta; *Pelops*, que dió su nombre al *Peloponeso*, es un hetheo indiscutible, pues como hijo de *Tántalo*, Rey de *Irigia*, nació en un reino que formaba parte de la gran confederación hethea; *Prometeo*, *Deucalion*, *Hércules* y *Perseo* tienen el mismo origen. Dice, además, el padre Casa, que filológicamente el nombre Pelasgos lo tomaron los mismos hetheos que emigraron del Asia Menor á Grecia; en efecto, descomponiendo la palabra encontramos el primer elemento *Pel*, raíz hamítica que significa *advenæ*, gente extranjera, advenediza, y luego el vocablo *asgi*, de *Asiki-Asi-Asia*, que es el patronímico de los hetheos, del que tomó nombre el continente. Termina el citado escritor la ingeniosa invención diciendo que los hetheos se llamaban *Pelathki*, que pronunciado luego por los griegos se convirtió en Pelasgi, y de aquí Pelasgos. No seguiremos al sabio jesuíta en su desmedido afán de explicar con minuciosidad inusitada los fenómenos lingüísticos de los vocablos hetheos, pero si diremos que las murallas pelagas, el sistema de cementos y los restos en general de la civilización homérica en Grecia, tienen los caracteres de la identidad más absoluta con respecto á sus monumentos, hermanos de *Boghag-Keni*, *Enink*, *Smyrna* y *Sipilo*, en Asia Menor.

ANTONIO BALLESTEROS

(Se continuará.)

LA LEY NATURAL

DIÁLOGO ENTRE OCTAVIO Y SALESIO

Octavio. Si te parece bien, Salesio, hoy disertaremos acerca de la Ley Natural, Ley á la que los Indos dan el nombre de Karma.

Salesio. No tengo en ello inconveniente alguno, Octavio, y por mi parte escucharé con placer lo que tengas á bien decirme con respecto á la Ley Natural ó Karma, así como te haré las preguntas y objeciones que me sugieran los conceptos que expongas.

Octavio. Haré cuanto esté en mi mano por complacerte y expondré lo que buenamente se me ocurra y me permitan mis escasas luces.

Salesio. Demos, pues, principio á nuestra labor, Octavio. ¿Qué debemos entender por Ley Natural ó Karma?

Octavio. La Ley Justa, Inmutable, sin Principio; la Ley que es el origen y causa de todos los universos y á la que todo y todos estamos sujetos.

Salesio. Has dicho que la Ley es justa. ¿En que consiste su justicia y cómo podemos comprender que es justa?

Octavio. La justicia de la Ley consiste en que es igual para todos; en que no tiene más que una sola y única medida; en que ni las lágrimas, ni las súplicas, ni las amenazas, vengan de donde vinieren y sean cuales fueren los hombres, ángeles, dioses ó poderes que las profieran; pueden detener ni estorbar sus inexorables decretos, establecidos desde toda eternidad.

En cuanto á cómo podemos comprender que la Ley es justa, te diré que esta comprensión no está al alcance de nadie, bien sea hombre, ángel ó dios aquel que desee llegar á esta comprensión.

Todos los hombres, ángeles ó dioses son seres creados, ó mejor dicho, son seres que se han desarrollado del Seno Infinito del Absoluto; lo cual equivale á decir que son posteriores á la Ley, la cual es un aspecto del Absoluto; y por lo tanto, siendo la Ley anterior á todo lo creado ó manifestado, esto es, siendo

anterior á todos los universos, hombres, ángeles ó dioses, es por este solo hecho inconcebible á todo poder ó inteligencia creada, que por ser tal es limitada, en tanto que la Ley es increada y sin límites, y fácilmente comprenderás que lo que es condicionado y limitado no puede, lógicamente pensando, comprender á lo que es incondicional y no tiene límites.

Toda manifestación debe forzosamente tener un principio y debe ocupar un perímetro limitado del Espacio sin límites, así como debe abarcar un período de tiempo contenido dentro de la Duración Infinita; y los más elevados séres que en ella aparecen son una parte integrante de ella, no la causa eficiente de la misma, pues dicha causa procede de lo siempre Incognoscible, y por lo tanto, dichos séres son condicionados.

Imaginemos á uno de los Grandes Séres cuya sabiduría y poder es bastante para desarrollar—de acuerdo con la Ley establecida de toda Eternidad y cuando llega el momento fijado por Ella—uno de los muchos millones de universos ó sistemas solares que existen en el Espacio Infinito. Imaginemos, por ejemplo, al Gran Sér que desarrolló nuestro sistema solar, Sér cuya sabiduría y poder es inconcebible á nuestra limitada inteligencia. Pues bien; este Sér es también limitado y condicionado, aunque su campo de acción es inconmensurablemente mucho más vasto que el nuestro. Sin embargo, es limitado, como necesariamente debe serlo todo sér, y por lo tanto á Él tampoco le es posible remontarse al origen de las cosas; tampoco á Él le es posible abarcar y comprender lo que la Ley contiene para cerciorarse de que es justa, pues en la Ley está contenido todo lo que ha sido, es y será, en tanto que al sér, por elevado que sea, como que es limitado y condicionado, sólo le es dable abarcar un perímetro limitado del Espacio Infinito y un lapso de tiempo, limitado también, de la Duración Infinita. Al sér sólo le es posible percibir el modo de obrar de la Ley, y aun esto únicamente dentro del perímetro más ó menos vasto que le permite su poder y sabiduría, mas no le es posible comprender por qué obra del modo que obra, lo cual equivale á decir que no tenemos punto de apoyo alguno que nos permita comprender que la Ley es justa. Lo que no se puede comprender tampoco se puede juzgar. Sin embargo, opino que ninguna necesidad tenemos de comprender que la Ley es justa, pues creo que debe bastarnos saber que es Inmutable; que no cabe en Ella variación posible; que podemos

obrar con la más absoluta seguridad de que lo que Ella es ahora lo era antes y lo será después y eternamente.

Salesio. Has hablado del Absoluto, del Espacio Infinito, de la Duración Infinita, de lo Incognoscible y de millones de universos contenidos en el Espacio. ¿Cuál es el significado y alcance de estos términos? ¿Es acaso limitado el número de universos ó sistemas solares que se hallan diseminados por el Espacio?

Octavio. Las palabras Absoluto y Espacio Infinito son dos términos convertibles, esto es, dos términos que significan una sola y misma cosa. Nada puede existir que no esté contenido ó se halle fuera del Espacio Infinito, por cuyo motivo se le llama Absoluto, así como no se puede concebir que exista algo que no esté contenido ó se halle fuera del Absoluto, por cuyo motivo se le llama Espacio Infinito. Sin embargo, creo que el término «Espacio Infinito» es el mejor apropiado para designar el conjunto de las cosas y seres existentes, puesto que la idea de Espacio es la más asequible á nuestra inteligencia desde el momento que nadie dudará de que el Espacio es Infinito, esto es, no tiene límites posibles. Creo, pues, que debemos entender por Espacio Infinito aquello que lo contiene todo; aquello que es el «contenedor» y á la vez el «contenido». Sin embargo, debemos precavernos contra el error de suponer que el «contenido» es lo único real, puesto que, por el contrario, el «contenedor» es más real que el «contenido». Procuraré explicarme: El «contenedor» es el Espacio, es un *plenum* existente de toda eternidad, al paso que el «contenido» son los universos transitorios diseminados en el Espacio y formados de su substancia ó *plenum*. Los universos flotan por el Espacio y desde un sol á otro sol, desde un planeta á otro planeta, existe substancia sutil ó atenuada, que es espacio, pues espacio es substancia más ó menos densa, más ó menos rarificada; de suerte, que el vacío absoluto es una verdadera imposibilidad.

Además de la substancia ó espacio que existe desde uno á otro sol, desde uno á otro planeta, existe también otra substancia ó Espacio fuera y más allá de todos los universos solares, y esta substancia ó Espacio es lo para siempre Incognoscible, Inmutable, Inalterable, base y origen de todos los universos. Este Espacio es la substancia homogénea, la substancia que jamás podrá ser diferenciada en su conjunto, por más que de ella se

han desarrollado y se desarrollarán eternamente millones y más millones de universos.

He dicho que el vacío absoluto es una verdadera imposibilidad. Sin embargo, si es indudable que el vacío absoluto es una imposibilidad, en cambio el vacío relativo es una posibilidad y una realidad, como lo demuestra el hecho que el hombre haya conseguido desalojar—cuando menos en su mayor parte—el aire de un determinado vaso ó recipiente, á cuya operación llama él «hacer el vacío», aun cuando con este llamado vacío sólo ha conseguido, como he dicho, desalojar el aire, mas no el éter, que continúa lo mismo en el interior que en el exterior del recipiente. Este huésped—el éter—no ha conseguido el hombre desalojarlo ni aprisionarlo como lo ha hecho con el aire. Al aire, si bien no puede el hombre verlo, puede cuando menos pesarlo y medir su fuerza, mientras que el éter escapa á todas sus manipulaciones. Si algún día consigue el hombre aprisionar el éter como le es dable aprisionar el aire, entonces tendrá á su disposición una fuerza muchísimo más potente que todas las que ha descubierto hasta el presente. Sin embargo, cuando el hombre consiga hacerse dueño del éter, cuando consiga á voluntad desalojarlo de un punto dado ó aprisionarlo, entonces sólo habrá conseguido realizar un vacío muy relativo, pues allí donde el éter no podrá penetrar, el punto aquel de donde habrá sido desalojado estará todavía invadido por otra substancia mucho más sutil que el éter, substancia á la que los Indos dan el nombre de akâsa. A este akâsa, que por su sutileza no pertenece al plano físico, ningún medio ó procedimiento puede afectarlo. Esto, no obstante, hasta este akâsa puede ser desalojado; pero esto no puede hacerlo el hombre ordinario, para ello se necesita ser algo más que un hombre. Si pudiéramos desalojar el akâsa de un perímetro de espacio tal como el que nos ocupa una nuez, obtendríamos un vacío relativo de una fuerza bastante potente para levantar un mundo. ¡Quién sabe si este vacío relativo, llevado hasta un determinado grado de perfección, es la gran fuerza que, dirigida por Elevadas Inteligencias Espirituales, sostiene á los mundos en el Espacio y les imprime sus movimientos de rotación y traslación! ¡Quién lo sabe!

Con respecto á tu segunda pregunta, ó sea si el número de los universos ó sistemas solares es limitado, debo contestar en

sentido afirmativo, y te expondré las razones en que me fundo para opinar así.

Todos los universos, con sus miríadas de soles y planetas, son una manifestación del Absoluto; son una manifestación del Espacio que tiene lugar *dentro* del Espacio. Como que los universos son una manifestación, deben, por el mero hecho de ser tal, tener un principio, y todo lo que principia debe necesariamente finir, y todo lo que fine debe ser forzosamente limitado. El Espacio no tiene principio, los universos sí. El Espacio es la Duración perenne, constante, fija é inmóvil; los universos son el tiempo que pasa, que se consume, que disminuye, que tiene un fin. Los universos pueden ser comparados á la burbuja que se forma en medio del Océano inmenso; la burbuja surge, vive por un instante con tal y se desvanece. A los universos les sucede otro tanto; surgen en el Seno del Espacio Infinito, se desarrollan, envejecen y se desintegran, volviendo, como la burbuja, á la fuente de donde procedieron. La burbuja vuelve; después de su efímera existencia, á formar parte del Océano que la rodea, del mismo modo que los universos vuelven, después que han llenado la misión para lo cual fueron desarrollados, á fundirse en el Espacio que los envuelve. Este símil de la burbuja comparada con el Océano y de los universos comparados con el Espacio es exacto, si bien con la sola pero importantísima diferencia de que al fin y al cabo el Océano inmenso está compuesto de un número de gotas de agua que, por grande que sea, es, sin embargo, limitado; y suponiendo que la burbuja está compuesta de una gota de agua, tendremos un punto de comparación entre la burbuja y el Océano, puesto que ambos son limitados, en tanto que nos es absolutamente imposible establecer un paralelo entre los universos y el Espacio, desde el momento que los primeros son limitados y este último no tiene límites. El Océano está compuesto de tantas ó cuantas gotas de agua; el número de estas gotas puede ser contado, al paso que el Espacio no está compuesto de tantos ó cuantos universos, sino que es un *plenum* en donde los universos están contenidos. Los universos, comparados con el Espacio, son un algo infinitamente más diminuto é insignificante que una gota de agua comparada con el mar inmenso. El Espacio no está compuesto ni es un compuesto; el Espacio es el único simple que contiene y del cual se derivan todos los compuestos.

Salesio. Si toda manifestación es transitoria y nosotros somos una parte de la misma, deduzco de ello que nosotros somos también transitorios; esto es, deduzco, Octavio, que no somos inmortales.

Octavio. Todo y todos somos inmortales en esencia, Salesio. Sólo las formas, combinaciones ó compuestos son transitorios, se desintegran y desvanecen. Pero desintegrarse y desvanecerse no significa morir, perecer ó aniquilarse, sino simplemente un cambio de estado. Todo lo que existe al presente ha existido y existirá eternamente. Es una absoluta imposibilidad que deje de existir lo que de toda eternidad ha existido, así como es una absoluta imposibilidad que venga á la existencia aquello que jamás ha existido. Para que algo de lo que existe muriese ó se aniquilara, sería menester que desapareciese una parte del Espacio, esto es, sería menester que el Espacio disminuyera de volumen; y para que viniese á la existencia algo que jamás ha existido sería necesario que el Espacio aumentara de tamaño ó se dilatara, y fácilmente comprenderás, Salesio, que siendo el Espacio sin límites y sin principio no es por este mero hecho susceptible ni de aumento ni de disminución. Para que algo de lo que existe se aniquilara sería menester que en el Espacio Infinito se produjera un vacío absoluto, esto es, sería menester, por decirlo así, que la *Nada* viniese á la existencia, y si esto fuese posible, entonces existirían dos absolutos: el Absoluto *Nada* y el Absoluto Espacio, y esto es una idea contraria á la razón y á la lógica, y sobre todo contraria al modo de obrar inmutable y ordenado que observamos en las leyes de la Naturaleza. En la Naturaleza no pueden existir dos absolutos, es decir, dos poderes absolutos, pues de ser así el uno destruiría al otro, no existirían orden ni concierto y la confusión y el caos reinarian en donde ahora vemos reinar el orden y la armonía.

Salesio. Bien está, Octavio, y comprendo que nada de cuanto existe puede aniquilarse, pues vemos que cuando un cuerpo ó forma desaparece de nuestra vista no hace con esto más que cambiar de estado. La materia que constituye este cuerpo ó forma se separa ó disgrega en partículas diminutas que llamamos moléculas ó átomos, y cuando la materia se halla en estado molecular ó atómico no podemos percibirla á simple vista, y entonces decimos que este cuerpo se ha extinguido, á pesar de lo cual sabemos que esta materia continúa existiendo, aunque en un es-

tado más sutil y rarificado. Sin embargo, aun cuando es indudable que los componentes que constituyen nuestro ser son inmortales en su esencia, esto no obstante, siendo nosotros una parte integrante de una manifestación del Absoluto, cuando esta manifestación se funde en Él, entonces se me figura que perdemos nuestra individualidad, y si esto es así equivale á la aniquilación, por más que los componentes que informaban nuestro ser continúen existiendo.

Octavio. Así como no puede aniquilarse un sólo átomo de cuanto existe desde toda eternidad, del mismo modo tampoco puede aniquilarse ni sufrir quebranto alguno nuestra individualidad al fundirse en el Absoluto. Precisamente el objetivo primordial del Absoluto es la constitución de individualidades capaces de comprender sus manifestaciones, y con este único objeto son desarrollados los universos que periódicamente aparecen en el Espacio Infinito.

Cuando una manifestación del Absoluto toca á su término y se absorbe en Él mismo, sólo la parte material de esta manifestación es disgregada y vuelta á ser materia primordial ú homogénea, en tanto que la parte espiritual de la misma, enriquecida con la cosecha de experiencias adquiridas durante la manifestación, persiste como una unidad constituida por tantas individualidades como se han desarrollado durante la misma.

La naturaleza del Absoluto tiene dos aspectos: el activo y el pasivo; el abstracto y el concreto; el espiritual y el material; la vida y la forma. Todo lo que es activo, todo lo que es abstracto, todo lo que es espiritual, todo lo que es vida, todo esto constituye la individualidad que persiste. Todo lo que es pasivo, todo lo que es concreto, todo lo que es material, todo lo que es forma, todo esto constituye la personalidad transitoria. El hombre es un reflejo fiel ó miniatura del Absoluto, y por lo tanto contiene estos dos aspectos en su naturaleza. Sólo lo que es espiritual, sólo lo que es vida, posee la facultad de sentir, de percibir, de progresar, de gozar y de sufrir. La forma, ó sea la materia, por sutil y rarificada que sea, es insensible, es un ente desvalido sin el espíritu ó vida que la vivifica. La forma, cuando la vida ó espíritu la abandona, se marchita y se convierte en polvo. La forma es molecular ó atómica, y por lo tanto cuando la vida la abandona se disgrega. La vida ó espíritu no es molecular, no es atómica, es un soplo, es una idea, es un pensamiento, es una unidad indivisible, y por

lo tanto no es susceptible de disgregación alguna. La materia puede dividirse y subdividirse hasta el infinito, el espíritu es indivisible. Pero el espíritu necesita de la materia para aprender las lecciones contenidas en la manifestación del Absoluto, del mismo modo que el artífice necesita materiales para labrar y hacer objetiva su obra, y por este motivo se reviste de ella.

Si el Absoluto no se manifestase periódicamente, no podía existir individualidad ninguna; no existiría ser alguno; no existiría el sujeto y el objeto, el conocedor y lo conocido, pues el Absoluto, por el mero hecho de ser tal, no puede conocerse á sí mismo, dado que en sí mismo contiene al conocedor, al conocimiento y al objeto del conocimiento. Si el Absoluto pudiese conocerse á sí mismo, no habría necesidad de manifestación alguna, mas entonces ya no sería Absoluto, por cuyo motivo y por ser tal no puede conocerse, desde el momento que es el conocimiento mismo.

Este es, á mi modo de ver, el objetivo del desarrollo de los universos que vemos y habitamos. Cuando el espíritu ó chispa de vida parte por primera vez del seno del Absoluto, al principio de una manifestación es completamente ignorante, puesto que participa de la naturaleza del mismo; esto es, posee en germen todo conocimiento y saber; pero debe desarrollarlo poniéndose en contacto con la materia. La bellota posee en germen todas las potencialidades de la encina de la cual procede; pero para desarrollarlas debe sumergirse en el corazón de la tierra.

Al surgir la chispa de vida del seno del Absoluto, no sufre transformación alguna, como le sucede á la materia que, mientras dura la manifestación, cambia constantemente, y por lo tanto, á su regreso vuelve en el mismo ser y estado que cuando partió, con la sola diferencia de que ahora es consciente de sí misma y del universo que ha habitado, poseyendo además todos los conocimientos que ha conseguido adquirir durante su peregrinación. La chispa de vida es á manera de la cubeta que se hace descender vacía al fondo de un pozo, la cual, cuando de nuevo aparece en la superficie, es la misma cubeta más el agua que en el fondo del pozo ha recogido. Por el contrario, desde el momento que la materia surge del Absoluto, principia á transformarse ó diferenciarse, por cuyo motivo, cuando regresa al punto de partida, debe asimismo disgregarse constantemente hasta volver á su estado homogéneo original. Si la materia, des-

pués de la manifestación, vuelve al ser y estado que tenía antes de que dicha manifestación tuviera lugar, con igual ó mayor motivo la chispa de vida—que desde ahora llamaremos la mónada que evoluciona—, la cual, como he dicho, no cambia ni sufre transformaciones, vuelve al seno del Absoluto tal como salió del mismo, esto es, sin perder su individualidad; pues la mónada partió individualizada y como individuo vuelve. Así como de una sola encina brotan centenares de bellotas, siendo cada una de ellas una individualidad, del mismo modo del seno del Absoluto surgen innumerables mónadas como individuos y como tales persisten eternamente. La Naturaleza no aniquila, sólo disgrega, y aun esta disgregación está circunscrita á su aspecto material, mas no á su aspecto espiritual ó monádico, el cual es indivisible, imponderable, inmutable.

Como he dicho, el aspecto material del Absoluto es insensible, y por lo tanto, no es susceptible de progreso. Sólo el aspecto espiritual, sólo la Mónada, que es capaz de sufrir y gozar porque es vida, puede progresar. Cuando la vida, que es la única capaz de sentir, se separa de un cuerpo, éste queda inerte y es insensible, y á esto lo llamamos muerte, cuando en realidad sólo deberíamos decir que la vida se ha separado de él, por cuya causa el cuerpo es insensible. Sólo la vida es capaz de vivir (permíteme la frase, Salesio), puesto que vivir es sentir, percibir, acariciar proyectos y tener esperanzas, ser consciente, gozar y sufrir. Existir no es vivir; todas las cosas, objetos ó formas existen, pero no viven, puesto que no sienten, no perciben, no son conscientes de que existen. La condición del Absoluto en su estado inmanifestado, por más que esto parecería un absurdo y un contrasentido, es la condición de la inconciencia, de la no percepción, de la insensibilidad, aun cuando contiene potencialmente en sí mismo la conciencia, la percepción y la vida. De aquí la necesidad de manifestarse, de aquí la necesidad, por decirlo así, de separarse de sí mismo con el objeto de conocerse.

Así, pues, cada vez que la mónada, después de su larga peregrinación, regresa á su punto de partida, no sólo no pierde su individualidad al fundirse en el Absoluto, sino que á su regreso es mucho más rica y poderosa debido á las experiencias que ha adquirido, y cuando llega el momento en que tiene lugar una nueva manifestación, vuelve á surgir con todo el poder y conocimientos que adquirió en anteriores manifestaciones. De

no ser así, los procesos de la Naturaleza serían un continuo tejer y destejer, y esto no es justo ni lógico, y todo lo que no es justo ni lógico no puede ser verdad.

Que la mónada al surgir del Absoluto lleva consigo las experiencias y conocimientos adquiridos anteriormente, lo prueba el hecho de que en el mundo veamos tan diversas y distintas categorías de seres. Si las mónadas, al fundirse en el Absoluto perdiesen su individualidad, al volver á surgir todas serían iguales en capacidades y virtudes, y esto claramente vemos que no es así, pues al lado del santo vemos al pecador y al lado del sabio percibimos al ignorante.

Salesio. ¿De modo que el hombre verdadero, el sér que piensa, siente y quiere; la mónada, como tú le llamas, es inmaterial, inmortal y progresa eternamente? ¿De modo que el cuerpo y todo cuanto tiene forma y está compuesto de materia es transitorio en su aspecto manifestado, y sólo persiste y es eterno en su esencia? ¿De modo que todos los cuerpos, formas, mundos, soles y universos sólo tienen por objetivo el desarrollo de la vida, el desarrollo de lo que es capaz de sentir, en una palabra, el desarrollo de la mónada?

Octavio. Así lo creo, Salesio. ¿Y cómo había de ser de otro modo? Considera que el objetivo de la Naturaleza no puede ser otro que el mayor bien de todas sus criaturas. Hemos dicho que la Ley de la Naturaleza es justa. La Justicia entraña el amor, la verdad y todo lo noble, bueno, grande y elevado que el hombre puede concebir, y aún mucho más, infinitamente más de lo que el hombre puede concebir ó imaginar; y si esto es así, ¿cómo hemos de explicarnos las miserias y sufrimientos de que somos víctimas sin causas, al parecer, justificadas? ¿Qué objetivo tendría vivir algunos momentos para volver después á la *nada* de donde, según algunos, hemos salido? Todo el mundo habla de las grandes leyes de la Naturaleza; todo el mundo pondera el poder incontrastable de las leyes Naturales, al propio tiempo que se cree en la casualidad, en lo que se llama suerte y en el privilegio, con lo cual se incurre sin sospecharlo en una manifiesta contradicción. Si las leyes de la Naturaleza son grandes, deben por este sólo hecho ser justas, pues no es concebible la grandeza en donde no existe la justicia, la bondad y el amor. Aquello que es grande y posee un poder incontrastable no puede ser injusto, y en lo que no puede ser injusto no caben las casualida-

des, la suerte ni los privilegios, palabras éstas que cuando los hombres comprendan mejor que ahora las leyes Naturales, desaparecerán de nuestros diccionarios, pues ellas sólo han sido inventadas para disimular nuestra ignorancia. ¿Se diría que un hombre es grande si empleara su poder labrando el mal estando en su mano labrar el bien? La palabra Ley, que significa Justicia, excluye á todas las casualidades y *curiosas* coincidencias—como dicen algunos pretendidos sabios para excusar su ignorancia—, á todo género de suerte ó fortuna, á todos los privilegios y prerrogativas. Si existen leyes no hay casualidades; si existen casualidades no hay leyes. Sí y no á la vez no puede ser. La casualidad excluye á la Ley, la Ley excluye á la casualidad. Creo que podemos creer, sin temor de equivocarnos, que sólo existen leyes y que la palabra casualidad es un término vago y sin sentido. Las leyes las vemos y tocamos á cada paso, en tanto que la casualidad no es para nosotros más que un mero fantasma que huye y se desvanece apenas proyectamos nuestra vista mental sobre ella. Ahora bien; nace un niño ciego y los atribulados padres no cesan de lamentarse de su desgracia; unos atribuyen este hecho á la casualidad y se quejan amargamente de su mala estrella, en tanto que otros dicen que tal ha sido la voluntad de Dios, haciendo de esta suerte responsable á Dios de un hecho que el más vil de los hombres no se atrevería á realizar. Porque, ¿quién sería el hombre cuya perversidad y depravación fuese tanta que llegara al extremo de hacer—nada más que por capricho—que un niño naciera ciego y desvalido sin haber dado motivo alguno para ello, pues el niño no puede haber pecado, es absolutamente inocente, á pesar de lo cual pesa sobre él una maldición y un estigma terribles? Sin embargo, esta monstruosidad que nadie osaría suponer en un hombre, por malvado que fuese, se atribuye á Dios por aquellos ignorantes que no quieren tomarse la molestia de abrir los ojos y estudiar las leyes naturales.

Si el hombre se tomase la molestia de estudiar las leyes naturales, y por lo tanto tratase de estudiarse á sí mismo, no habría de serle difícil comprender que la casualidad no existe; no le sería difícil comprender que nadie tiene suerte ni es desgraciado, sino que á todos y á cada uno de nosotros sólo nos sucede lo que es estrictamente justo. Si así no fuese, si no existiera una justicia absoluta que todo lo regula y encamina hacia el

mejoramiento y desarrollo de los séres, en este caso creo firmemente que ni los universos ni los séres conscientes y sensibles habrían venido jamás á la existencia, y en el Espacio Infinito sólo existirían el caos y las tinieblas. Pero los universos y los séres conscientes y sensibles existen, lo cual es una prueba irrefutable de que la ley existe, y quien dice ley dice justicia. La ley y la justicia son lo mismo que el Absoluto y el Espacio Infinito, son dos términos que significan una sola y misma cosa.

El hombre debe estudiar si desea saber; debe trabajar si quiere obtener. Sólo por medio del trabajo y el estudio se desarrollan los séres. Los universos existentes, los que existieron y los que existirán en lo futuro, fueron desarrollados los unos y serán desarrollados los otros por el trabajo y el sacrificio, y el hombre, obedeciendo á la misma Ley bajo la cual fueron desarrollados los universos, debe desarrollarse y crecer en saber y bondad por medio del sacrificio y del trabajo. Buscar la verdad sin ideas preconcebidas, trabajar con el afán de saber, esto es lo mejor que el hombre puede hacer. Sabiendo que existen leyes á las cuales no puede escapar, ni puede eludir, creo que lo más prudente es esforzarse en comprenderlas, y una vez comprendidas, amoldar su conducta á las mismas.

Salesio. Has dicho bien, Octavio. Pero dime, ¿en qué consiste la verdad?

Octavio. Toda la verdad consiste y está contenida en la Ley. Todo lo que está dentro de la Ley es verdad, todo lo que está fuera y es contrario á la Ley es falso. Aquél que conoce la Ley conoce la verdad; aquél que desconoce la Ley marcha por caminos extraviados. Pero no vayas á creer, Salesio, que al decir que aquél que conoce la Ley conoce la verdad, quiera dar á entender con ésto que conozca toda la absoluta verdad; pues la verdad absoluta está fuera del alcance de los séres, bien sean hombres, ángeles ó dioses. Toda la verdad está contenida en la Ley, pero al sér sólo le es dable conocer aquella parte de verdad que se manifiesta en el universo en que vive y progresa, y como sea que estos universos han venido desarrollándose desde toda eternidad y continuarán desarrollándose eternamente, de aquí que la absoluta verdad nunca podrá llegar á ser patrimonio de ningún sér por grande y elevado que sea. La idea de la eternidad, aplicada al pasado y al futuro, confunde y anonada nuestra pobre y débil mente, á pesar de lo cual entiendo que debe

satisfacernos, desde el momento que no podemos suponer que las cosas hayan tenido un principio ni que puedan tener un fin. La eternidad es la base y fundamento de toda filosofía; pero esta base descansa en lo Incognoscible. Nunca ha habido un primer universo y jamás habrá un último. Si fuéramos á suponer que en algún tiempo de la Duración Infinita principió á desarrollarse un primer universo, entonces deberíamos suponer también que el Absoluto Espacio permaneció antes de este tiempo inactivo desde toda eternidad, y habiendo permanecido inactivo desde toda eternidad, no habría motivo para suponer que en un momento dado se decidiera á ponerse en actividad. Si á un solo sér le fuese posible conocer toda la verdad, esto supondría que dicho sér es coetáneo con la eternidad, y siendo coetáneo con la eternidad lo sería también con el Absoluto, lo cual supondría la existencia de dos absolutos; y la existencia de dos absolutos, como he dicho anteriormente, es la negación de ambos, pues el Absoluto no sólo no puede tener igual, sino que para ser tal es necesario que nada exista que se le pueda comparar, desde el momento que Él es todo; desde el momento que es el «contenedor» y á la vez el «contenido».

La verdad, pues, Salesio, consiste en conocer toda aquella parte del Absoluto que se manifiesta por medio de lo que llamamos leyes de la Naturaleza. Cada manifestación del Absoluto es una parte de la verdad que se manifiesta en un momento dado y que los séres deben asimilarse, según sus respectivas capacidades, en tanto que dicha manifestación persista. Al sér, como es muy natural, sólo le es dable asimilarse aquella parte de la verdad que se halla contenida en la manifestación de la cual forma parte; pero como que las manifestaciones del Absoluto son periódicas y eternas, y como sea que cada manifestación sucesiva es, por decirlo así, una ampliación de la verdad, de aquí que siendo las manifestaciones del Absoluto infinitas, la verdad absoluta no se manifestará jamás, y por lo tanto jamás será conocida por ningún sér.

Salesio. De lo que acabas de exponer, Octavio, deduzco que el único y supremo interés del hombre debe ser el de conocer la verdad relativa que se manifiesta en el mundo ó universo que habita.

Octavio. ¿Qué duda tiene? El hombre debe hacerse cargo de que existe una Ley que no puede ser violada, puesto que además

de ser inmutable y sin principio es la única potente fuerza que existe; es decir, es Todopoderosa, y por lo tanto, ya sea que la queramos ó no, estamos irremisiblemente sujetos á ella. Es, pues, una necesidad revolverse contra sus inapelables decretos establecidos de toda eternidad.

Por el conocimiento de la verdad relativa puede el hombre alcanzar esa felicidad—relativa también—por la que, como es muy natural, tanto suspiran todos los seres.

La palabra vivir ó vida significa ser feliz y estar uno satisfecho de ser consciente de sí mismo. No ser feliz, no estar uno satisfecho de ser consciente de sí mismo, no es vivir. Ahora bien; si existe una Ley omnipotente que no podemos violar, si únicamente por medio del conocimiento podemos obtener esta felicidad relativa, es evidente que nuestro supremo interés debe consistir en adquirir este conocimiento que al librarnos de la ignorancia nos libra de nuestros pesares y sufrimientos. La ignorancia es el único manantial de donde brotan todas nuestras desdichas y miserias. Ser ignorante equivale á ser desgraciado; ser sabio equivale á ser feliz.

Pero es menester comprender, Salesio, en qué consiste la verdadera ignorancia y la verdadera sabiduría. Los hombres que se hallan sumidos en la verdadera ignorancia son aquéllos que, por muy instruídos que sean, piensan y obran en desacuerdo con las leyes de la naturaleza. Estos hombres son unos verdaderos ignorantes, porque se oponen y luchan contra un poder que jamás ha sido ni será vencido, y con su insensata conducta acumulan responsabilidades que un día ú otro repercutirán sobre ellos y serán causa de que sufran amargas decepciones. ¿De qué ha de servirles á estos hombres que se adulan unos á otros y se llaman á sí mismos sabios, eminentes, ilustres, etc., etcétera, toda su vanidad y orgullo, todas sus riquezas y soberbia, si luchan contra un poder omnipotente que no puede ser vencido? De nada ha de servirles su obstrucción y ceguera como no sea para hacerles sufrir, más ó menos tarde, las tristes consecuencias de su necio é insensato modo de proceder. Aquéllos que luchan contra las leyes establecidas de toda eternidad, aquéllos que van contra la corriente del progreso, que es la Ley misma, aquéllos que vejan, oprimen, engañan y embrutececen á sus semejantes, éstos tales sólo consiguen vejarse, oprimirse, engañarse y embrutecerse á sí mismos. El hombre no puede obrar ni en

buen ni en mal sentido, sin que sus acciones y aun sus pensamientos sean causa para él de buenas ó malas consecuencias. Poco importa que el hombre crea ó niegue; que haga ésto ó aquéllo; que se obstine en seguir la senda del mal, ó que se decida á marchar por el camino del bien; haga que lo quiera, la Ley continuará siendo la misma. Por el contrario, los hombres sabios son aquellos que, comprendiendo su ignorancia y sus defectos, tratan de corregir é ilustrarse por medio del estudio y del dominio de sí mismos. Estos hombres comprenden que no existe otra verdadera sabiduría más que aquélla que está contenida en las leyes naturales, por cuyo motivo estudian y se afanan por comprender estas leyes, y á medida que las van comprendiendo se esfuerzan en adaptar su conducta á las mismas.

Ahora bien; el hombre ordinario — en cuya categoría incluso no sólo á la masa común humana, sino también á la mayoría de las personas que pasan por instruídas — sabe muy poco acerca de las leyes naturales, como lo prueba el hecho de que sabe muy poco acerca de sí mismo. Del mismo modo que el hombre sólo conoce del globo que habita su superficie, y aun ésto muy imperfectamente, no siéndole posible por el momento proyectar su mirada en su interior ó corazón, de la propia suerte tampoco se conoce á sí mismo. Y al decir que no se conoce á sí mismo, no me refiero únicamente á la mónada inmortal que es su verdadero yo, sino también á su cuerpo, á la envoltura insensible que sirve de instrumento de progreso á la mónada. Efectivamente; ¿qué sabe el hombre acerca de su cuerpo? Muy poca cosa, á mi modo de ver. Saber es poder. Donde no hay poder no hay saber. Se habla de sabios eminentes, de médicos ilustres, de doctores de renombre y fama universal, y á pesar de todo estas celebridades no aciertan á restablecer, en la inmensa mayoría de los casos, el perturbado equilibrio en un cuerpo humano. No sólo no aciertan, y por lo tanto no *saben* restablecer el equilibrio en el cuerpo de otros, sino que ni aun el de su propio cuerpo. ¿No te parece, Salesio, una cosa triste á la par que ridícula, que un hombre que se deja llamar *sabio*, eminente é ilustre, no tenga sabiduría suficiente para conservar su cuerpo en estado de salud? Si el hombre conociese la cáscara que habita, podría conservarla en constante estado de salud. Si no puede hacerlo es porque le falta el saber necesario. Se habla de enfermedades incurables, pero en rigor no existe ninguna

enfermedad de carácter incurable. Lo que hay aquí es que el hombre no posee el conocimiento suficiente para curarlas, pero nada más. Lo único que es incurable, lo único que no se puede evitar, es lo que llamamos muerte, esto es, la destrucción ó disgregación de la forma ó cuerpo. El hombre no puede evitar que un día ú otro se destruya la envoltura que habita, puesto que toda forma es transitoria *per se*, como *per se* es indestructible é indivisible la mónada, pero sí puede evitar que esta forma se desequilibre, bastando para ello que conozca un poco más á la perfección las leyes naturales. Sin embargo, el completo conocimiento de las leyes naturales manifestadas en el universo que habitamos, no será jamás del dominio del hombre en tanto que continúe siendo cruel y egoísta. El egoísmo y la crueldad son el tupido velo que ocultan la luz de la verdad, y ningún hombre cruel, ó tan siquiera egoísta, llegará jamás á poseer el verdadero saber, que es lo mismo que decir que jamás llegará á poseer el verdadero poder. Así como el ciego no puede ver la luz del sol, del mismo modo el malvado no puede percibir la luz de la verdad. La verdad no huye del malvado, del mismo modo que la luz del sol no huye del ciego. El malvado tiene ante sí la luz de la verdad, así como el ciego la luz del sol, pero ambos son incapaces de percibirlos. Maldad y debilidad son una misma cosa. El malvado es siempre un sér débil, porque está en desacuerdo con la Ley y lucha contra ella, al paso que el hombre bueno y altruista es fuerte, debido á que está de acuerdo con la Ley y trabaja con ella. Aquel que obedece á la Ley se apoya en la única omnipotente fuerza que existe, en tanto que aquel que la desobedece se halla flotando en el vacío y á sus pies tiene un abismo. Inspira lástima oír hablar de personas ricas y poderosas, de magnates, de potentados, de príncipes y reyes, de hombres que se dice poseen riquezas incalculables y un poder ilimitado; que son dueños y señores de vidas y haciendas; que son los árbitros de los destinos del mundo; que en su mano está que suceda ésto ó aquéllo, que pueden ser la causa de la paz ó de la guerra, y que pueden, en fin, estorbar ó impulsar el progreso humano. Estos hombres, por regla general, no son más que ciegos instrumentos de la Ley, y si algo hay en ellos de grande é ilimitado, es su ignorancia, su miseria y su debilidad. El verdadero poder jamás ha sido ni será poseído por el hombre mundano y de miras egoístas. Sólo el hombre de tendencias es-

pirituales y altruistas puede esperar obtener el conocimiento y el poder relativos manifestados en el universo en que vive; pues sólo en el bien, que es eterno, radica el poder. El egoísmo, el mal, es la sombra del bien, y como tal no tiene poder alguno, no puede persistir y su existencia es efímera y transitoria como la de la sombra.

Salesio. Siendo al presente tan imperfecta la humanidad y siendo, por otra parte, la mónada inmortal *per se*, como tú dices; esto es, no pudiendo perecer, ¿cómo se libra de su ignorancia y adquiere los poderes que la elevan hasta el punto de llegar á ser uno de aquellos grandes seres de que me has hablado anteriormente? Además, ¿de qué modo sufren las consecuencias de sus actos pecaminosos aquéllos cuya naturaleza es cruel y egoísta? A cada paso vemos hombres cuya conducta es á todas luces immoral y egoísta, cuyas vidas han sido una constante y continua transgresión á los más elementales principios del derecho y la justicia, y, sin embargo, estos hombres viven y mueren en la opulencia y rodeados de toda suerte de comodidades, al paso que otros, cuya vida ha sido un continuo sacrificio, que han sido útiles á sus semejantes, mueren en la miseria y olvidados del mundo. ¿Cómo se compagina esto con la justicia de la Ley?

Octavio. Cada manifestación del Absoluto abarca un período de tiempo tan enorme, que para nosotros es incalculable. Este período de manifestación ó actividad va seguido de otro período de reposo de igual duración. Estos períodos de actividad y reposo son respectivamente el día y la noche, la respiración y la aspiración del Absoluto. Los períodos de actividad son los días de labor para la mónada, así como los períodos de reposo son las noches de descanso. Durante los períodos de manifestación ó actividad, ó sea durante el día que, como he dicho, abarca un lapso de tiempo inmenso, la mónada trabaja en su desarrollo y progreso. Siendo el período de actividad de una duración tan enorme, y debiendo la mónada trabajar durante el mismo, tiene necesidad de tener á su disposición un gran número de instrumentos, vehículos ó cuerpos transitorios de diversas formas y densidades, y por medio de ellos trabaja para alcanzar el objetivo que la Ley se propone. La mónada es á manera del operario que trata de construir un artefacto cualquiera. El operario, para llevar á cabo su tarea, necesita muchos y diversos útiles y

herramientas que están constituidos de distintos materiales, pues sin ellos le sería imposible construir su artefacto. Al operario se le estropea ó se le desgasta uno de los útiles que emplea para construir su obra, y tiene necesidad de remplazarlo por otro nuevo, pues de lo contrario no podría continuar su tarea. Lo mismo le sucede á la mónada que emplea un vehículo ó cuerpo que en un momento dado se estropea ó se desgasta por el uso; debe sustituir por otro nuevo el vehículo que empleaba para llevar á cabo su labor, pues de lo contrario no puede continuarla.

A este paso de la mónada desde un vehículo á otro, desde uno á otro cuerpo se le ha dado el nombre de transmigración ó reencarnación, nombre este último que me parece el más apropiado, pues tratándose de la mónada que ha alcanzado la etapa humana, al presente sólo se re reviste de cuerpos constituidos de la materia que hemos convenido en llamar carne, y por lo tanto, si se reviste una y otra vez de cuerpos de carne, me parece muy lógico y razonable decir que se reencarna. Sin embargo; antes de habitar en cuerpos humanos, la mónada ha pasado á través del mineral, ha vivido en los vegetales y ha adquirido experiencias en cuerpos animales. Sin haber pasado antes á través de estos reinos inferiores no le sería posible á la mónada hacer progreso alguno en el reino humano. Si la mónada, al surgir por vez primera del Absoluto animara de repente un cuerpo humano, le sucedería lo que al niño que se empeñara en aprender matemáticas sin saber una sola letra del alfabeto ni comprender el significado y valor de las cifras y guarismos. Por lo tanto, la mónada, antes de entrar en el reino humano tiene necesidad de pasar por estos reinos inferiores, y aun antes debe pasar por otros que es inútil nombrar aquí. Tampoco me detendré á estudiar al paso de la mónada á través de los reinos mineral, vegetal y animal, y si los he mencionado ha sido con el objeto de hacer constar que no existe sér viviente alguno que no esté animado por la mónada, que es la única vida.

VANDERSON

(Concluirá.)

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

El dinamismo espiritualista.

Con este título ha publicado hace poco un interesante y originalísimo libro un escritor ya ventajosamente conocido en el mundo de las letras, D. Ricardo Burguete. Es un libro muy á la española, originalísimo y variado. Quizá hay algo de descuido; pero eso mismo le hace simpático, porque le da una personalidad de que carecen muchos libros que entre nosotros actualmente se publican.

El autor ¿quién lo diría?, partiendo de la psicología que la tradición ha atribuido á Pitágoras, utilizando la clasificación de los cuatro tipos psicológicos—, instintivos, pasionales, intelectuales y sobrehumanos—, pide más elevación espiritual y una concentración anímica que no parece muy clara entre nosotros, aunque «ciego será quien no vea en España un germen de espiritualidad que trabaja en la soledad y en la hondura» (pág. 46). He aquí el cuadro histórico del desequilibrio nacional que traza el autor:

«Una espiritualidad gigante venida de los confines de la Arabia sopló y barrió una civilización visigoda que se había degradado hasta el extremo de no llenar otra capacidad que la capacidad del instinto. No murió de la embestida el pueblo español, quedó entre las peñas de su límite Norte, y en una rinconada un girón de vida, un aliento de espiritualidad. Lucharon frente á frente durante siglos dos conceptos metafísicos, dos capacidades del sentimiento, y la española venció al cabo de la lucha de siglos.

»Reconquistó el territorio; pero antes había reconstruido un alma vigorosa, dispersa, fragmentaria, pero alma; y la reconquista del territorio fué el fenómeno natural de adquisición de un alma que pedía para sí capacidad.

»El alma española centrada en el sentimiento da de sí aquel pueblo gigante que escribe para la civilización del mundo una página subsidiante á la de la civilización de Roma. Es el pueblo español el pueblo que en su despertar gigante abarca los dos hemisferios y abraza al mundo.

»Sucesos históricos vienen aciagamente á descentrar aquella alma. Bajo el dominio de los Austrias la vida asciende á la cabeza y el pueblo sentimental se trueca en cerebral.

»Se olvida el vientre; no descende la vida al instinto, pero sube á la cabeza con tales vaharadas de locura, que el loco está á punto de trastornar al mundo.

»Todo acusa en España un desarrollo cerebral. Su literatura, su pintura, su ciencia, su misticismo, es cerebralmente majestuoso y acusa graves trastornos del vientre, de la economía y aun del sentimiento, porque después de combatir el cuerpo y los sentidos quiere combatirse la hondura sentimental del pueblo, y se combate sin tregua para hacer subir la vida al cerebro y poner el cerebro al servicio exclusivamente de la Santa Madre Iglesia.

»España, bajo la dominación de los Austrias, acaba por semejarse á un monstruoso macrocéfalo que no puede tenerse en pie. Pero toda su ciencia y toda su sabiduría no tiene comunicación con las cosas de la tierra.

»Pasado el dominio de los Austrias y con el mando de los Borbones, por un proceso histórico fácil de deducir, la vida cambia bruscamente y del plano superior descende al inferior. El descenso se verifica sin lucha, sin trastornos, y el abandono y el causancio dejan obrar á la gravedad.

»La vida cerebral se convierte pronto en vida instintiva, y el alma se centra en el vientre, en la sensualidad, en los sentidos. El sentimiento no aparece reflejado en parte alguna de la vida nacional. Al cuerpo se le da todo lo que se le negó en épocas anteriores; el sentimiento se aniquila deliberadamente; nada hay pasional en el alma española y en aquel renacer de la sensualidad de la vida corporal: la Iglesia ejerce la alta dirección que ejerció sobre las cabezas en tiempo de los Austrias, y parece que se le da al cuerpo ¡al pobre cuerpo! todo lo que es suyo, siempre que la finalidad sea también servir con él á la Santa Madre Iglesia.

»Ved á qué extravíos ha conducido la historia á un pueblo grande entre los más grandes que hubo, por haber descentrado su alma del sentimiento, en época tan lejana, que puede remontarse á los Reyes Católicos.»

**Para la historia
de los atlantes.**

Nuestro amigo el Sr. Roso de Luna publica en la revista *Nuestro Tiempo*, de Junio último, una Memoria examinando la escritura ógmica—la que se hacía en tiempos remotos, acaso bajo los atlantes, sobre piedras, por medio de oquedades—y aventura, con algunas reservas, la idea de que muy bien pudieran ser la mayor parte de las piedras extremeñas examinadas por él algo así como registros astronómicos de aquellas remotas edades.

Hay una gran habilidad en este trabajo y también un exceso

de imaginación, muy laudable, desde luego, cuando se persigue descifrar un problema tan mal planteado como el de la escritura en cuestión. Es con todo muy recomendable el trabajo de nuestro amigo, y hay en él algo de positivo valor; pero es una lástima que por deficiencias gráficas no ofrezca toda la respetabilidad científica que merece. Así las semejanzas que pretende encontrar entre algunas distribuciones de las oquedades y la estenografía de algunas constelaciones: *El carro*, *Casiopea*, *Taurus*, etc., parece algo forzada por dichas deficiencias. En otras, como la del *Pez austral*, se llega realmente á algo que produce sorpresa para las gentes de nuestro hemisferio.

Vale la pena estudiar este problema, y entre la hipótesis de un sistema de vocales, nada más que de vocales, y la de mapas celestes, con ser más atrevida y aventurada ésta, abre más amplio horizonte y presenta el problema bajo un nuevo é interesante aspecto. Es más, las exigencias que se formulan y los reparos que pueden oponerse á tal modo de ver, como la imprecisión en dibujos de modelos casi fijos, las pequeñas alteraciones de puntos y la impresión de constelaciones no visibles desde el sitio donde se han hallado, pueden resolverse acaso teniendo en cuenta la infancia del arte, las grandes alteraciones del tiempo y la acción de los años sobre los propios dibujos.

Es muy meritorio este trabajo y seguramente su autor no ha hecho más que darnos un anticipo sobre el que no es lícito juzgar en definitiva.

En las revistas. En *The Theosophical Review* publica un interesante trabajo sobre *El Logos de Filon*, G. R. S. Mead. En *The New Ecaland Theosophical Magazine*, Marion Judson escribe un buen estudio sobre *Los misterios y los místicos de la Era cristiana*.

Tessofisk Tidskrift, de Stockolmo, publica una traducción de A. P. Sinnet sobre *Los misterios del mesmerismo*.

En *Verdad*, de Buenos Aires, Lod-Nor consagra un buen trabajo al *Alma de Oriente*.

En *Vida y Naturaleza*, de Buenos Aires, Leopoldo Gandolfo comienza un hermoso trabajo contra la vacuna, considerándola como triplemente perjudicial contra el derecho, la razón y la salud.

Notas, Recortes y Noticias.

La música como medicina. En la antigüedad helénica sabemos que Asclepiades curaba gran número de enfermedades por medio de la música. A Orfeo se le presenta, en fin, domando las fieras por medio de los acordes. Ahora se vuelve sobre la obra de Asclepiades y he aquí que Mr. J. Harrington Edwards ha escrito un interesante libro removiendo esta cuestión bajo el título de «Dios y la música».

Esta obra menciona un sinnúmero de curas obtenidas por lo que podríamos llamar *musicoterapia*, siendo de notar el brillante resultado obtenido sobre los melancólicos y los enajenados. Parece que es un hecho lo que en tantas óperas y zarzuelas ha parecido las más de las veces un pretexto para escribir un buen número, eso de que un personaje recobre la razón oyendo una pieza favorita.

Sobre el particular, el profesor Harrington ha llegado á establecer algunas conclusiones que merecen consignarse. He las aquí:

1.^a La música es un poderoso agente para afectar las emociones de algunos insanos.

2.^a Para obtener este efecto es necesario que el paciente tenga un amor natural á la música, pues de otra manera no pueden alcanzarse sus simpatías por ella.

3.^a La cualidad y el carácter de la música deben ser regulados por la preferencia natural del paciente.

4.^a La melancolía parece ser la mejor adaptada para esta clase de terapéutica, puesto que la atención del paciente puede ser mejor concentrada por las vibraciones.

5.^a En casos de manía, la música sencilla, lenta, fantástica, parece la más á propósito.»

Publicaciones próximas. En breve la BIBLIOTECA ORIENTALISTA, que dirige en Barcelona nuestro amigo D. Ramón Maynadé, publicará la GUIA ESPIRITUAL de Miguel de Molinos. Llamamos la atención sobre esta importante obra, pues se trata

de la única edición española que habrá en el mercado y de la única también íntegra y completa.

La misma biblioteca dará también á la estampa, inmediatamente, la célebre obra de Amadeo Dacier sobre PITÁGORAS, donde se incluyen los famosos y estimables comentarios de Hierocles sobre los *Versos Dorados*.

Nuevas revistas. Con el título de *Verdad* ha empezado á publicarse en Buenos Aires una interesante revista teosófica mensual, á la que deseamos la mayor prosperidad. Como lema lleva á su cabecera las siguientes palabras de Annie Besant: De tal filosofía, de tal ciencia y de tal religión están hambrientos el corazón y el cerebro de la humanidad actual; y esta hambre explica el anhelo con que la opinión pública se ha sentido impulsada á investigar las enseñanzas de la «Sabiduría Antigua.»

—En Monterrey (Méjico) ha aparecido también otra importante revista consagrada á los estudios psicológicos y ciencias ocultas, con el título de *La Cruz Astral*.

Mucho celebraremos que alcance largos años de existencia prosiguiendo la hermosa obra que ha empezado.

Importante. Habiendo sido designado para la dirección de SOPHIA nuestro hermano D. Rafael Urbano, la correspondencia que se refiera á la dirección deberá franquearse á su nombre ó á la dirección sencillamente.

R.

BIBLIOGRAFÍA

D. Juan Valera. Apunte del natural, por el Conde de las Navas.—Madrid. Fernando Fe. 1905.

He aquí un cariñoso título rendido por uno de los buenos y mejores amigos del eximio escritor fallecido hace poco. Es un recuerdo delicado y algo así como una flor espiritual de las muchas con que ha de tejerse en lo futuro la corona que se merece el autor de *Pepita Jiménez*.

D. Juan Valera ha sido uno de los espíritus más amplios y abiertos que ha tenido la España del siglo XIX y uno de esos humoristas para quienes parece que se ha hecho la definición del humor, que asegura que es una verdad presentada en broma para hacerla pasadera.

En broma, con aires de burlas y animadas gracias, D. Juan Valera ha puesto en circulación muchas ideas que la intolerancia clerical en que hasta ahora vivimos no ha permitido exponerlas de otro modo, sin perjuicio social para el expositor de ellas. Así, entre otras, ha mencionado algunas veces las enseñanzas teosóficas en sus escritos (*La metafísica y la poesía. Mor-samor* y en su obra inédita *Elisa la Malagueña*) con toda la apariencia de una obsesión disfrazada hábilmente como una ironía.

R. U.

Víctor Henry. *Le Parsisme.*—1 vol.—París. Dujarric et Cie 1905.

Es un estudio filológico del mazdeísmo, hecho con un método riguroso y ameno, con el arte que distingue al sabio sanscritista de la Universidad de París.

Este tomo forma parte de la preciosa biblioteca sobre *Las religiones de los pueblos civilizados*, que viene publicando la casa editorial con gran aceptación de cuantos se dedican á los estudios de religión comparada.

U. G.

M. Jiménez Eito. *Pequeño catecismo de solidaridad.*—Barcelona 1905.

Pertenece á la biblioteca selecta de *La Revelación* y está escrita expresamente para el colegio Sócrates, de Barcelona.

Agradecemos á su autor el envío.

P. Rossi. *Místicos y sectarios.*—Biblioteca Sociológica Internacional.

Barcelona 1905.

Una de las principales ideas del autor de este libro, que merece la pena de leerse con algún detenimiento, es que el misticismo, si bien ha pasado una vez por el mundo, se prepara á pasar otra. Esto ha hecho creer á muchos críticos, y entre otros al traductor castellano del mismo Rossi, que el autor ha sido víctima de «un verdadero espejismo», porque parece que Rossi sólo tuvo en cuenta cuando escribió su obra el florecimiento neo-místico de Rusia. Bien pudiera ser; pero no es á buen seguro el conde León Tolstói el místico más popular y conocido de Rusia, el místico moderno que más influye por sus ideas en las generaciones jóvenes. En Rusia se seguirá el misticismo de Tolstói, pero en Europa sólo se sigue su literatura. El misticismo ruso, lo mismo el tolstoyano que todo el misticismo ruso es demasiado cristiano, demasiado ortodoxo, aunque no lo parezca, para que pueda influir en Europa.

G.